

La física de la Luna

Angelina Lupi es una de las mejores clientas de la peluquería Mary Montaña, y es conocida como “pececillos de plata” por los bichitos que trae metidos en su ropa cuando va hacerse la permanente. Es también una de las clientas mejor preparadas, pues su hijo Tomás es investigador de renombre, ha ganado muchos premios y trabaja en la Universidad. Él le cuenta de manera confidencial los últimos descubrimientos del ámbito científico y ella los reproduce generosamente para ilustrar a Mary y a las clientas de aquel establecimiento. Su intención es que estas buenas mujeres dejen de ser tan catetas y se preocupen por las cosas importantes de la vida.

En días pasados, Angelina contó una historia ciertamente sorprendente. Afirmó que es una evidencia que la Luna no puede aguantarse en el cielo sin más; que algo hay que la mantiene firme, fijada en el espacio. Y sabemos que no hay hilos ni cordajes que la sostengan. Por tanto, sin anclajes, debería caer a peso sobre la Tierra; es sabido que todo lo que sube, baja.

La Tierra, si se aguanta, es gracias al suelo, que es muy resistente y ni se hunde ni se viene abajo. En cambio, la ley de la gravedad no es suficiente para soportar el peso de la Luna, es demasiado grande. Y Angelina añade que el nombre de esta ley es ya de por sí impropio, pues algo grave no puede ser bueno, a saber si al final comporta un desenlace fatal. Por tanto, causa perplejidad creer en una ley que puede dejar de serlo en cualquier momento. Como afirma Angelina, “todo es sentido común, no hay más”.

La peluquera sostiene que hace muchos años, no puede precisar cuántos, la Luna cayó sobre la Tierra y rebotó contra el suelo en una zona desértica de México, donde la arena es blanca. La Luna salió expelida hacia el exterior debido a una complicada cuestión de tensiones y rozamientos internos difíciles de explicar con claridad. La ilustrada opinión de Angelina es que ese desierto vendría a ser una cama elástica: la luna cayó, se rebozó de arena como una croqueta con pan rallado, y luego salió despedida a gran velocidad, muy lejos. Desde aquel momento, la Luna va cayendo y se acerca poco a poco a la Tierra; por eso la vemos tan grande y los astronautas pueden acercarse a ella. Sin duda, llegará un momento en que volverá a chocar contra nosotros. Dios no quiera que lo haga en nuestra ciudad, hay tanto cemento en el suelo, y tan duro, que no será posible que la Luna se hunda igual que en el desierto y vuelva a salir disparada hacia el espacio.

A los otros planetas les ha sucedido lo mismo: han chocado contra distintos suelos, por eso tienen colores diversos, según el material en que se hayan rebozado. Angelina añade sin vergüenza que el Sol es en realidad un planeta habitado que está despierto de día y duerme de noche. Además, los solenitas encienden la luz artificial desde primera hora de la mañana y por eso brilla el astro. Son luces que transmiten calor, razón por la cual sube la temperatura. El Sol también se acerca a nosotros, tan lentamente como la luna; pero las corrientes de aire y fuertes tempestades lo alejan de nosotros, es cuando llega el invierno. Cuando cesan las tormentas el sol vuelve a acercarse, es el verano.

Angelina asegura que no hay misterios, todo tiene su explicación, es así de simple. Mary se siente afortunada por tener una cliente tan ilustrada y con tantas inquietudes. A veces, es cierto, no hace falta leer nada, la providencia nos proporciona conocimiento y alimenta nuestras entendederas. Entonces se cumple el inexorable ciclo por el cual el que sabe más ilustra al que sabe menos.

Tomás Sandor, el hijo de Angelina, fue localizado en la Facultad de Física de la Universidad, es docente y trabaja también como investigador. Le explicaron lo que su señora madre divulgaba en la peluquería de Mary. Se puso a reír abiertamente y dijo que

su madre progenitora, justita de entendederas sin solución, se juntaba con otras como ella en la peluquería de Mary Montaña.

Allí soltaba las cuatro cosas que había mal entendido de alguna conversación privada de su hijo con cualquier estudioso o colaborador de la Universidad. Por supuesto que él no explicaba directamente nada a su madre, ella está incapacitada intelectualmente para comprender todo lo que pase de la tabla del cinco. Tiene un concepto poco halagador de su madre Angelina, a la que considera muy cortita de luces, además de fisgona enfermiza.

Tomás tiene en casa una librería de envergadura, más de tres mil volúmenes dispuestos de manera ordenada y precisa, no soporta las pérdidas de tiempo en búsquedas desesperantes de la literatura apetecida. La mujer de la limpieza tiene prohibido entrar en su biblioteca, de manera que en ciertas épocas del año es relativamente frecuente que entre los libros se encuentren individuos de la especie *Lepisma saccharina*, vulgarmente conocidos como “pececillos de plata”, insectos alargados, brillantes y con escamas plateadas del orden de los Thysanura, uno de los más primitivos, 400 millones de años de antigüedad. Estos insectos se alimentan de almidón y por eso pueden encontrarse con cierta asiduidad en las bibliotecas, pues comen el papel de los libros.

Según su hijo, no es de extrañar que Angelina haga prospecciones furtivas en su biblioteca. Entonces, es muy posible que los “pececillos de plata” se cuelen intencionadamente entre su ropaje, pues también comen azúcar, cabellos, caspa, suciedad en general e incluso tejidos de fibras artificiales. Y en este estado se presenta la mujer en la peluquería de Mary, el apodo no fue puesto sin motivo.